

## La nueva evangelización y la misión dominicana hoy

### como eco al reciente Sínodo de Obispos

#### sobre la nueva evangelización y la transmisión de la fe.

El llamado de una “nueva evangelización” resuena particularmente en el seno de la Orden de Predicadores, recomendado ante los obispos por el Papa Honorio III (el día siguiente de la confirmación de la Orden), como frailes: “totalmente dedicados a la evangelización de la Palabra de Dios”. Es una especie de “definición” de la vocación de los Predicadores – que, en esta línea, podrían ser definidos por el voto de predicación – que se inscribe claramente en la dinámica apostólica. Se trata en efecto no solamente de colocar luz a la consagración de cada uno (de cada una) a la predicación (evangelización) de la Palabra de Dios a todos y para todos, pero también de inscribir el proyecto de comunión evangélica (*vir evangelicus* y *vir apostolicus*) en las huellas de la primera comunidad caminante con Jesús que declara que debe todavía visitar muchos lugares dónde evangelizar.

Las siguientes propuestas podrían ser considerar la misión dominicana “en eco” al reciente Sínodo de los obispos sobre la nueva evangelización y la transmisión de la fe.

- La misión de la Orden, tal como Domingo la quería, está al servicio de la Iglesia– y no debe a pesar de las tendencias identitarias posmodernas que pudieran incitarnos – contribuyendo a la construcción de la identidad católica yuxtapuesta. Se trata para nosotros de inscribir en el rastro abierto por el sínodo y de colocar nuestro carisma al servicio propiamente de la Iglesia contribuyendo según nuestra especificidad a esta dinámica de evangelización.
- Esta propuesta sería solamente « un eco » : no se trata de hacer un reporte de lo que habría dicho un Sínodo: por ello, conviene comprender la exhortación apostólica del Santo Padre o leer el Mensaje del Sínodo que indica la dinámica propuesta a la Iglesia y a las Iglesias particulares. Además, será difícil hacer una síntesis de las Propuestas que son ellas mismas la síntesis del intercambio tenido durante tres semanas. Insistiremos pues, en primer lugar, sobre la realidad de los hechos que ha representado el Sínodo y su significación para la misión dominicana.

Después de haber propuesto una lectura de la historia del concepto de la Nueva evangelización, nos fijaremos en mostrar cómo el hecho del reciente sínodo coloca luz destacando que la evangelización junta elementos esenciales de la misión dominicana. Sobre esta base, formularemos algunas propuestas para la creatividad apostólica de la Orden.

#### Arqueología reciente del concepto de « nueva evangelización »

Cuando hablamos de nueva evangelización – es decir, de renovación (nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones, diría Juan Pablo II) – cómo no pensar en los tiempos de la fundación de la Orden de Predicadores, cuando el desafío estaba precisamente en hacer frente a algo nuevo en la Iglesia y en las sociedades; mutaciones en las que procuraban responder a los movimientos de “regreso” o al radicalismo evangélico. Es en este contexto que nació el movimiento de las Ordenes mendicantes. Nuevo ardor: Francisco y Domingo escogieron la mendicidad, Domingo sale del claustro y escoge “orar sin cesar”. Nuevo método: la itinerancia será su manera de hacerse cercano

y amigo de la gente, como estaba itinerante la primera comunidad de discípulos que acompañaron a Jesús predicando por las rutas de Palestina; el encuentro, la amistad y el diálogo son los ejes del nuevo método de evangelización de la Palabra de Dios y del anuncio de la proximidad del Reino. Nueva expresión: los mendigos deciden partir sobre las rutas conjugando una nueva forma de vida religiosa, que no será más monástica, pero se inspirará en la Regla de Agustín, significando en el corazón del mundo el valor de la fraternidad (primer nombre de la Iglesia primitiva), la promesa de la unanimidad (horizonte de preocupación por el bien común apelando a la responsabilidad de todos). Estos nuevos religiosos quieren ser apostólicos y contemplativos, reunidos en el Cenáculo y enviados a la Galilea de las naciones. Atentos a las mutaciones urbanas y sociales y actores de la vida intelectual originada en las nuevas universidades, promoviendo el carisma de cada quien y enraizando la vocación individual en la búsqueda común y democrática de la unanimidad. Incluso, aun que sea solamente de manera sugerente, ¿no existen invitaciones para afrontar los desafíos cruciales de las mutaciones contemporáneas que le faltan al contexto de la nueva evangelización?

Estas invitaciones son invitaciones a renovar el enraizamiento de la misión dominicana en aquello que ha constituido la intuición de la fundación: tal es la gracia que nos ha sido ofrecida en el momento que nos preparamos para la celebración del Jubileo de la confirmación de la Orden. Al hacerlo, es importante estar atento a un riesgo muy contemporáneo. En efecto, hoy, para afirmar la fuerza y la especificidad de una convicción, el reflejo de muchos es el del identitarismo. La renovación llama más bien al enraizamiento en las profundidades de nuestras convicciones en una dinámica que nos rebasa y, de alguna manera (para retomar la bella expresión de Benedicto XVI), nos expatria de nosotros mismos.

Pero para dar al concepto de « nueva evangelización » su acceso contemporáneo – aquel que ha conducido a la convocación de un Sínodo ordinario de los obispos consagrados en este tema – conviene identificar las etapas sucesivas de su uso. Ellas podrán constituir los puntos de apoyo para nuestra reflexión sobre nuestra propia misión hoy, como miembros de la familia dominicana.

- La emergencia de un nuevo “concepto” se hace en continuidad con el Concilio Vaticano II. No podemos olvidar que la convocatoria del Concilio hecha por Juan XXIII llega de alguna manera, como respuesta a un movimiento muy intenso de toma de conciencia, al interior de la Iglesia, de la necesidad de mutación profunda. Ésta conducirá a afirmar la necesidad de empujar lo más a fondo de lo que es esencial, para la Iglesias, Cuerpo de Cristo, sacramento de salvación para el mundo. Hablamos, pues de la nueva evangelización en este contexto de una reflexión renovada a propósito de la Iglesia en el mundo, de la Iglesia para el mundo.
- La noción de evangelización evoca, en la historia reciente de la enseñanza del Magisterio, la exhortación post sinodal de Paulo VI, en 1975, *Evangelium nuntandi*. Este texto representa como un “mapa de la predicación del Evangelio”, que nos invita a situar el carisma propio de la Orden en el corazón de la misión de la Iglesia, a la vez como “cooperadores” de esta misión y como “servidores” de la Iglesia, siempre en búsqueda de corresponder ante todo a aquello que hace su esencia: se inscribe en la ruta de “la misión de Cristo”. Desde este segundo punto de vista, nosotros debemos mantenernos conscientes que este servicio no consiste solamente en tomar nuestra parte del “trabajo activo” en la misión, sino también en testimoniar, por la consagración religiosa del “seguimiento de Cristo”, de esta dimensión esencial de la Iglesia. Ésta subraya la importancia en la relación entre la renovación de la evangelización y la renovación de la vida religiosa.

- Es en 1979 cuando el Papa Juan Pablo II utilizó el término de “nueva evangelización” en Polonia (Nowa Huta): “En estos tiempos nuevos, en esta nueva condición de vida, la Evangelización es de nuevo anunciado, a pesar de que en realidad siempre sea la misma. La Cruz se mantiene de pie sobre el mundo en cambio”. Nosotros estamos en el umbral de un gran cambio muy importante en el mundo, nuevos movimientos sociales y políticos que conducirán a la apertura de países de Europa central y oriental. El mundo, a partir de ahora, no será más lugar amenazado por una guerra fría, y la evangelización está llamada a entrar en diálogo con el deseo de libertad (liberación) que se anuncia. Desde este punto de vista, la misión de evangelización está confrontada ante los procesos de reconciliación y de promoción de los derechos y de la libertad.
  
- En 1983, en Haití, (con ocasión de una reunión de obispos de América Latina), en el momento que llamaban a un cambio en la realidad de ese país tan pobre y tan maltratado, el Papa Juan Pablo II llamó de nuevo a “una nueva evangelización, nueva en su ardor, nuevo en sus métodos y nueva en su expresión”. Aquí nuevamente, la declaración viene en la vigilia de un cambio radical en el país (caída de la dictadura de M. Duvalier), pero también en el contexto de una América Latina que experimenta el desafío de su reconstrucción, tanto en la promoción de la democracia, como por la afirmación de la Iglesia expresando su preocupación ante la situación de los derechos fundamentales de los pobres de este mundo, con quien y para quien debe establecer la justicia y la paz en vista de la promoción del bien común. Se siente el cambio que se opera una mutación en el campo de la misionología, marcada por mucho tiempo por el objetivo de la “evangelización de las élites”. Recordamos aquí la afirmación del Sínodo de 1971 en el que “el combate por la justicia y la participación en la transformación del mundo nos parece plenamente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio”. Esta declaración coloca claramente el lugar central de esta prioridad en la misión de la predicación de la Orden.
  
- En 1978, en la exhortación *Christifideles laici* (43), Juan Pablo II escribió: “la hora ha llegado de emprender una nueva evangelización: el fenómeno de la secularización golpea los pueblos que son cristianos desde hace mucho tiempo, y este fenómeno reclama, sin retardo una nueva evangelización”. Él retomará este llamado en 1990 en la *Redemptoris Missio*, conmemorando los 25 años del Decreto del Vaticano II sobre la misión de la Iglesia, invitando a todas las fuerzas eclesiales a comprometerse en la nueva evangelización y en la misión *ad gentes*. Aparece aquí el concepto “vago” de la secularización que retendrá la atención muchos análisis desde ese momento, centrando además el llamado a la evangelización en los países y las culturas que, habiendo recibido un día el Evangelio, han devenido menos familiares o incluso opuestos. Para la Orden, nacida en Europa, esto constituye un llamado a evaluar la manera que la Predicación que ha acompañado y acompaña la aventura de la reactividad de la razón moderna.
  
- En 1992, en *Dabo vobis*, el mismo Papa reitera su llamado, lo central sobre la misión pastoral: “La labor pastoral prioritaria de la nueva evangelización incube a todo el pueblo de Dios y demanda un nuevo ardor, nuevos métodos y un nuevo lenguaje para anunciar y dar testimonio evangélico”. Para la Orden como para todos, es un llamado a la creatividad.
  
- El Papa Benedicto XVI retomará, también él, varias veces el tema de la nueva evangelización, dando una gran importancia a aquello que constituirá la “fuente

espiritual”, su relación con el encuentro de Cristo y la relación viviente con Él. Él ya había abordado el tema en una conferencia hecha el 10 de diciembre del 2000, en la que expresaba que evangelizar significa mostrar el camino de la felicidad y aprender el arte de vivir: “La Iglesia evangeliza siempre y no ha interrumpido el curso de la evangelización. Celebra cada día el misterio eucarístico, administra los sacramentos, anuncia la palabra de vida – la Palabra de Dios –, se compromete en por la justicia y la caridad. Y esta evangelización da sus frutos: ella da la luz y la alegría, ella da un camino de vida a mucha gente” (citado en F. Manns. *¿Qué es la Nueva evangelización?*, Bayard, Paris. 2012).

- En *Sacramentum caritatis* (n 84), escribe: «No hay nada más bello que de estar unidos, sorprendidos por el Evangelio, por Cristo. No hay nada más bello que conocerlo y comunicar a los otros la amistad con él”. Si él invita a una evangelización como el acto esencial para toda la Iglesia, porta, ciertamente, la preocupación particular del anuncio en las sociedades marcadas por la secularización: “debemos ofrecer de hacer una trabajo en que ambos, la Iglesia y el pensamiento moderno, se puedan conciliar, se adapten una a la otra. La existencia cristiana no debe devenir una esfera arcaica que mantengamos de una manera o de otra donde yo la coloque *a un lado* de la modernidad. Es más bien algo viviente, moderno, que trabaja y forman en conjunto mi modernidad – que literalmente las abraza. (...). Es importante que nosotros ensayemos vivir y de pensar el cristianismo de tal manera que la buena, la verdadera modernidad se acepten en sí – y al mismo tiempo se separen y se distingan de tal suerte que devengan una contra-religión (p. 82-83). (...) La gran misión de la Iglesia queda en unir la fe y la razón, la visión más allá de lo tangible y la responsabilidad racional. Pues nos ha sido dada por Dios. Ella se distingue del ser humano (p. 109). (,,) Nuestro tiempo llama a una verdadera nueva evangelización, es necesario proclamar un Evangelio, con su gran racionalidad inmutable y también con el poder que está en sí y que rebasa la racionalidad, a fin de que retome el lugar en nuestro pensamiento y en nuestra comprensión” (p. 180). (Benedicto XVI, *Luz del Mundo*, Bayard, Paris, 2010). Reencontramos esas intuiciones en el origen de la creación de un consejo pontificio consagrado al este tema: “promover una evangelización renovada en los países donde ya ha resonado el primer anuncio de la fe y donde están presentes las Iglesias de antigua fundación, pero que viven una secularización progresiva de la sociedad y una suerte de eclipse del sentido de Dios, constituyen un desafío a revelar los medios adecuados para proponer de nuevo la verdad eterna del Evangelio de Cristo” (el 28 de junio de 2010, en San Pablo extra muros, para la instalación de un nuevo Consejo pontificio para la Nueva evangelización). Él formula de esta manera el desafío de una nueva evangelización: “una gran parte de la humanidad hoy no encuentra más, en la evangelización permanente de la Iglesia, en el Evangelio, es decir, una respuesta convincente a la pregunta: ¿Cómo vivir?”. Se trata, pues, a la vez de un seguimiento a la evangelización permanente, pero también a la búsqueda – con la humildad del pequeño grande de mostaza, dirá una nueva evangelización capaz de hacerse entender en un mundo que no encuentra acceso a la evangelización clásica. Él insiste sobre el hecho que la evangelización no es únicamente una manera de hablar, sino una manera de vivir “vivir en la escucha y hacerse la voz del Padre” (Manns, p. 179). Para Benedicto XVI, el método apropiado para la evangelización es aquel de la *expropiación de sí mismo*: “No buscamos solamente la escucha para nosotros, nosotros no queremos aumentar el poder y la extensión de nuestras instituciones, pero queremos colocarnos al servicio del bien de las personas y de la humanidad haciendo un lugar a Aquel que es la Vida. Esta expropiación de sí mismo, ofreciéndola a Cristo por la salvación de los hombres, es la

condición fundamental de un auténtico compromiso por el Evangelio”. Se trata finalmente, de una manera de dar su propia vida: nosotros no podemos dar vidas de otros sin dar nuestra propia vida. “Expropiación de sí mismo”, un tema que ha retomado en palabras recientes el Papa Francisco que hacen de alguna manera eco.

A partir de estos hitos de la evolución del uso de la noción de nueva evangelización, podemos reparar en ciertos elementos que, no son un concepto preciso, no dibujan aún un campo de pertinencia.

- Una nueva evangelización es necesaria para hacer algunas mutaciones importantes en los equilibrios del mundo. Es el caso de la nueva configuración del mundo después de la guerra fría, como es el caso de lo que el mundo globalizado debe afrontar como las crisis mayores de los países bajo dictaduras o devastados por la pobreza. Podríamos decir que ante tales mutaciones, la urgencia es sentido un diálogo nuevo entre el Evangelio y las naciones y las culturas.
- Una nueva evangelización es necesaria cuando, en el movimiento de la globalización – hablamos aquí de buena gana de la dinámica de la globalización y de sus consecuencias, en términos culturales y religiosos, políticos, económicos, que de la secularización, pues este concepto queda extremadamente vaho (cf. Taylor) – es un diálogo renovado entre el Evangelio y las culturas que están en cuestión, en particular con las culturas que en un tiempo de la historia, han estado muy familiarizadas con la cultura cristiana pero que se encuentran hoy muy distanciadas.
- Una nueva evangelización es, finalmente, necesaria cuando las exigencias de la pastoral muestran que, en muchas situaciones humanas y sociales, es en el campo de la relación pastoral que se colocan la mayor parte de las preguntas de la evangelización (nuevo ardor, nuevos métodos, nuevos lenguajes). Podríamos ahí todavía recurrir a los términos del diálogo, si es verdadero que esta en este campo está la exigencia mayor: que se piense por ejemplo, “¿qué hemos perdido de vista?” de la Iglesia Católica, por los cambios de confesiones cristianas (cf. por ejemplo la inmigración), o por el sentimiento de “extrañeza” en su propia casa que resienten un cierto número de católicos.

Una rápida “arqueología” del concepto de nueva evangelización invita a la familia dominicana a reforzar sin cesar los elementos fundamentales de su tradición de evangelización: la preocupación por el mundo en una actitud de diálogo y de amistad que determinan a la vez el estudio y la contemplación, atención de leer los signos de los tiempos como ocasión para contemplar la obra de la Palabra en el mundo y de hacer eco por la creatividad apostólica y pastoral, vigilancia para promover la justicia a partir de una atención privilegiada a los hechos del mundo.

## El Sínodo como un acontecimiento

En cuanto al conjunto de la nueva evangelización la transmisión de la fe, el sínodo reciente se inscribe en el movimiento para profundizar la fe promovida por Benedicto XVI (Amor, Esperanza, Fe) que culmina en el aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Un sínodo ordinario de los obispos es probablemente menos por la “producción” de un texto (mismo si se debe notar que el método utilizado en el sínodo parece orientado en primera instancia hacia la producción de un texto final – Mensaje, lista de propuestas hechas al Santo Padre para una exhortación apostólica – que hacia la promoción de un real debate argumentado entre las posiciones de los diferentes y complementarias) que por los hechos que significan en la Iglesia. Y como un acontecimiento que el Sínodo puede conducirnos a desarrollar nuestra creatividad apostólica en el corazón de este movimiento de profundización de la fe.

### *Tres dimensiones del acontecimiento sinodal.*

Un Sínodo es un acontecimiento, de entrada, que el que se reúnen 250 obispos, y alguna decena de invitados que representan los cristianos del mundo entero. La Iglesia es sin duda la única “institución internacional” que puede reunir una representación significativa de sus miembros durante tres semanas, proponiéndoles de escuchar y de debatir temas que constituyen el corazón mismo de la identidad que comparten. Sin que se convierta en una lucha de poder o de influencias, ni de decisiones definitivas, pero que solamente de la “formación” de una conciencia común, primer paso de una conciencia para una responsabilidad común ante la transmisión del Evangelio, como ante la propuesta de un diálogo entre el Evangelio y las culturas del mundo. De tal forma, la Iglesia se revela a sí mismo no solamente como una realidad internacional e intercultural extremadamente rica, pero como una “comunidad” portadora de una preocupación común por el mundo. No se sitúa “frente” el mundo, sino más bien en el mundo, atravesado por sus alegrías y por sus penas, sus tensiones y sus alianzas, su diversidad y su globalización. Es en este mundo que, progresivamente establecido como comunión para el mundo, puede tomar conciencia de la exigencia de su misión: anunciar la proximidad del Reino. Es compartiendo la amistad por el mundo que ella se realiza a sí misma realizando su misión.

Es probablemente en esta perspectiva que las pequeñas comunidades de fe han sido frecuentemente evocadas por los participantes, que subrayan la importancia de esta realidad « fraternal » en la edificación de la Iglesia de Cristo. En las comunidades de dimensión humana, se puede intercambiar los acontecimientos de la vida de cada día al mismo tiempo que la experiencia de la fe y de la escucha de la Palabra: bajo las formas diversas entre la vida personal, y familiar y la asamblea más amplia de una parroquia. Hubiéramos esperado que se le diera un lugar más importante en las Propuestas finales, pero quedaron pocas cosas que trabajar con ellas, como un nuevo modo de evangelización que ha estado así evocado.

En el seno de la Iglesia, y de su servicio, la Orden de Predicadores y la familia dominicana pueden hacer esta misma experiencia. Internacional y tomando las figuras más diversas según los países, las culturas y sus historias, la familia dominicana y una comunión establecida por la misma profesión de evangelización. Como es el caso para la Iglesia, ella misma, la familia dominicana puede hacer la experiencia de la gracia que puede representar el hecho de aprender mutuamente unos de otros la preocupación por el mundo. De esta diversidad, no se trata de adoptar una comparación, ni de comprenderse sin un compromiso mutuo. El desafío es realmente aquel de la conjugación de compromisos de todos en la aventura de la construcción de una humanidad viviente. Frecuentemente, nosotros estamos muy centrados sobre nuestros propios intereses culturales, el

desafío de nuestra propias historias, nuestras posiciones específicas al interior de la Iglesia, olvidando que predicadores de la comunión (el anuncio del Reino), nos es otorgado el poder de experimentar el “trabajo” de la obra en medio de nosotros. Hombres y mujeres, religiosas y laicos, sacerdotes y no sacerdotes, tanta diversidad al interior de la misma familia que son sus desafíos y sus oportunidades. Hacer eco a este acontecimiento de la comunión que ha sido el Sínodo, invita a nuestra propia familia dominicana a exponerse sin cesar y además a la aventura de la comunión en una misma responsabilidad apostólica que nos genera una misma libertad en la predicación.

El reciente Sínodo ha sido, cada vez más un acontecimiento por el hecho del método de escucha que constituye la primera parte del tiempo sinodal. Los textos preparatorios del Sínodo tuvieron de alguna manera, un esquema propuesto de cuestionamiento: el desafío de la evangelización estuvo más bien centrado en los países de “vieja” cristiandad en los cuales el Evangelio era más familiar, donde se habla más que de secularización de antagonismo entre la fe y el ejercicio moderno de la razón, en el contexto de la globalización que constituye como desafíos – y ¿coloca desafíos para la evangelización? La interpretación del dinamismo del mundo estaba bastante pesimista (próximo a la tensión entre cultura de vida y cultura de muerto que nos recuerda los años pasados). El Sínodo, todos los obispos – manifiestan, más aún, su profundo compromiso a la gente diocesana que le ha sido confiada – subrayan la necesidad y la urgencia de un nuevo camino de evangelización, insistiendo en decir, por una parte, que esta exigencia no pareciera estar limitada a ciertas regiones del mundo, sino más bien estuviera sin límite y de manera determinada, referida y anclado a la enseñanza del Concilio Vaticano II y, por la otra parte, a aquello que soporta a una Iglesia en constante conversión y humilde con su presencia en el mundo. Por el hecho mismo de sus intervenciones, el conjunto de textos de trabajo inicial pareció ser posible desplazarlo, para regresar al Vaticano II y a la evangelización en tanto que es esencial, haciendo parte involucrada de la constitución misma de la Iglesia de Cristo.

Desde este punto de vista, el trabajo de la evangelización exige una reflexión sobre aquello que se entiende por la palabra secularización si se quiere evitar posiciones que consistirían sea en juzgar severamente el mundo que haría una falsa ruta, sea al contrario a adoptar todas las transformaciones sin una evaluación crítica, sea aún, establecer definitivamente la modernidad y sus religiones en posición contraste unas con otras. Podría ser útil aquí recordar las tres interpretaciones de la secularización dadas por el filósofo Charles Taylos (*El tiempo secular*, Seuil, Paris, 2011 – ed. or. 2007, trad P. Savidan). En un primer sentido, se trata de señalar la separación absoluta entre las Iglesias y las estructuras políticas, el hecho de ser creyente se mantiene como una cuestión esencialmente privada. En segundo sentido, “la secularización corresponde al declive de la creencia y de la práctica religiosa, en el sentido que la gente se aleja de Dios y no se presenta más en la Iglesia” (p. 14). En un tercer sentido, se trata de señalar el cambio que se efectúa entre un tiempo donde parece imposible de no creer en Dios, en la época contemporánea donde, en muchos países y culturas la fe es considerada (incluyendo a los creyentes) como una posibilidad entre otras más. Al visitar a los frailes en muchos lugares diferentes del mundo, parece que este fenómeno de autonomización de la fe y de la vida social y política es ampliamente extensa, como se reconoce de manera basta de una “privatización” de la fe, lugar donde escoge cada quien. ¿Debe referirse esta evolución al poder de la razón moderna? ¿Se refiere a una “pérdida del poder de influencia” de las instituciones de los creyentes? ¿No será una oportunidad increíble para la revitalización de estas instituciones a partir de la sabiduría de la que éstas puedan transmitir a los hombres de buena voluntad en el poder desde la fuente de cada convicción y haciendo confianza de la capacidad de la bondad y de la inteligencia del hombre, más que a partir de la ambición de un poder que podría ejercerse sobre las conciencias o sobre los sistemas políticos y las organizaciones sociales?

Desde esta perspectiva de proximidad benévola, de amistad y de diálogo, la humildad de la Iglesia ha estado múltiples veces evocada por uno y por otro, subrayando que a esta hora no está

ciertamente por la manifestación del poder, de la riqueza o de la influencia sobre los poderes diversos. Humildad también de la Iglesia que toma conciencia de las faltas cometidas y quiere arrepentirse. Humildad de la Iglesia que quiere juntar a los pequeños donde se ha reducido demasiado. Será necesario aquí dar seguimiento a la reflexión hasta la dimensión teológica que atañe a la Iglesia en la verdad, jamás poseída por alguno. De igual forma, de otra manera, el deseo de la transformación de las estructuras eclesiales – podríamos decir mejor eclesiásticas – ha sido enunciado. Queda que si el Sínodo subraya bien el proceso de la evangelización llamando a cada uno y a todos a la conversión, y no hay que restringirlo para incluir en esta convocatoria la conversión de las estructuras. Sin embargo, sería útil reflexionar en el proceso de reducción de ciertos creyentes de una Iglesia donde no se sienten en casa o bienvenidos. Sin duda será también útil analizar los comentarios hechos, a la ocasión del último conclave, concerniente al imperativo de cambio de algunas cosas en la organización de la Curia (¡Que se trasciendan más allá de los recintos del Vaticano!).

De nuevo, ¿podríamos percibir aquí que esto representa para la familia dominicana, es particularmente para la inspiración de su vida y de su predicación a partir de una espiritualidad de la Encarnación, de un estudio contemplativo en seguimiento de Alberto Magno y Tomás de Aquino, para la generosidad de su interpretación de capacidades de la razón humana, de un dinamismo apostólico que quiera servir en este mundo el diálogo de amistad que Dios quiere tener con la humanidad? De igual forma, ¿esta insistencia renovada sobre la simplicidad y la humildad no será un llamado a renovar, en la familia dominicana nuestros modos de vida, a simplificar, a donar un nuevo ardor a la pobreza y una preocupación democrática por el bien común?

Una tercera dimensión del acontecimiento del Sínodo ha sido la toma de conciencia que, así como hablamos fácilmente de la secularización para convocar a la evangelización, el mundo no es tan “a-religioso” como parece que se le quieren atribuir. Pero, al mismo tiempo, la presencia de las religiones en el mundo no son siempre factor de paz y de comunión. En este sentido el encuentro de los obispos de Oriente y de Occidente, y su encuentro con otras confesiones cristianas, y la toma de conciencia de la importancia para una población en crecimiento del islam ha puesto en evidencia la importancia del diálogo inter-religioso, y de la reflexión sobre el justo lugar que las religiones pueden tener en la vida social y en un contexto cultural determinado.

Desde sus orígenes la Orden resueltamente ha buscado conocer, reencontrar, dialogar con las otras religiones, su sistema de convicciones, su antropología, su filosofía inspiradora, las culturas ellas engendran. La cuestión religiosa es ciertamente hoy una cuestión mayor para el establecimiento de un “diálogo de humanidad” como también es un desafío crucial para el establecimiento de la paz entre los pueblos y el combate contra la violencia y las divisiones. ¿No existe un llamado insistente para que nosotros no abandonemos este aspecto esencial de nuestra tradición?

### *La metamorfosis del mundo tiene proporciones para una nueva evangelización.*

Como en el tiempo del nacimiento de los mendicantes, el mundo contemporáneo vive una metamorfosis que llama a una renovación de la evangelización. El paisaje urbano está sin cesar en mutación, al tiempo que, mucho más radicalmente aún, la realidad de las relaciones sociales y la mundialización de las comunicaciones mediante las redes sociales. Si la Iglesia católica estuvo ligada a la historia cultural de muchos países, ella aparece con mayor distancia, menos familiar. La institucionalización de la Iglesia juega probablemente un rol en la manera en la que es percibida, y recibido por nuestros contemporáneos por los que, de manera general, la confianza en las realidades institucionales es mucho menos evidente que pudieron haber sido en el pasado. Los últimos decenios han manifestado cuánto esperan de la Iglesia una coherencia entre el discurso y el

testimonio de vida. Los saberes se desarrollan intensamente y tienen un impacto cierto en la vida de concreta de la gente (como testimonio, por ejemplo, la realidad digital), manifestando una cierta “autonomía de la razón” (evocada por el Concilio Vaticano II), lo que indica con frecuencia llamados a que se establezca un diálogo entre la teología y estos saberes.

En este contexto, la vida religiosa vive también mutaciones importantes, a pesar de que de manera específica según los países, las regiones del mundo y las culturas. Por lo que toca a la Orden, pudiéramos alegrarnos que sea hoy bastante viva, pero es necesario hacer un cierto número de constataciones: en muchas regiones, un envejecimiento no está compensado por la llegada de nuevos jóvenes hermanos en número significativo; una real inquietud en cuanto a la evolución de la vida apostólica dominicana femenina en muchos lugares; la fragilización de ciertas instituciones, de hecho – donde nosotros debemos sentirnos orgullosos – que van siendo asumidas por los Estados en el campo de la educación y de la salud particularmente; una instalación de religiosos en lugares o en misiones que devienen muy difícil orientar, y que nos dificultan también la posibilidad de formular y poner en obra nuevas orientaciones para la predicación.

Teniendo en cuenta estas metamorfosis, los participantes en el Sínodo han intentado identificar lo que se debe particularmente mantener en los esfuerzos para una nueva evangelización:

- Es hacen la constatación que algunos creyentes se apartan de la práctica de la fe y los motivos que identifican son diversos: pérdida de la fe; distanciamiento de una realidad institucional en la que no se reconocen más o por la que no se sienten reconocidos; opción por otros lugares de pertenencia cristiana (se piensa aquí el tránsito que muchos católicos hacen en muchas regiones del mundo a las Iglesias evangélicas o pentecostales), cambiando la fe por un movimiento de la secularización (señalando los procesos que suceden en las regiones en los que no tienen la misma influencia que en el pasado sobre las sociedades) lo que tendrían que sugerir que no existe incompatibilidad entre el ejercicio de la plena autonomía de un individuo y la confesión de fe en un misterio trascendente; distanciamiento de los individuos de toda referencia de una identidad colectiva definida por una misma confesión y práctica de la fe provocada por la ideología de la secularización (que tiende a consolidar toda confesión religiosa como estrictamente privada). Esta “fragmentación” tiene su origen en una profunda inquietud y se trata a la vez de buscar a comprender los procesos complejos y de intentar remediar.
- Se subraya una profunda transformación de procesos de transmisión. Esto ha esta frecuentemente evocado por los pastores que dicen que la fe no ha estado más transmitida, como lo había sido en el pasado, en el seno de las familias o en el seno de la escuela. Pero también hay que constatar también que las familias, como la escuela de antes están afrontando grandes dificultades de transmisión en general, sin que sean reducido al tema de la fe solamente) transmisión de la historia, de la cultura...).

Se llama a tener en cuenta una transformación de la cultura de la comunicación (que apenas ha sido tomada en cuenta para un análisis profundo) según la cual, una parte del acceso al conocimiento – o a la información – se hace en el mundo ampliamente abierto y virtual, y otra parte, las redes de pertenencia y de identificación son lugares donde se propone menos que una propuesta de identidad colectiva, que de redes que se construyen a partir de la iniciativa individuos.

- . Desde estos puntos de vista, las asambleas eclesiales pueden parecer “anticuadas” en sus maneras de comunicación.

- Se dice que el contexto mundial (aquí podríamos hablar de globalización, precisando aquellos que se dijo de manera muy rápida en el *Instrumentum laboris* con ocasión de la descripción de escenarios) debe ser particularmente considerado como un desafío, y algunas de las características que se destacan son: una poderosa predeterminación económica de realidades sociales, políticas y culturales; un muy fuerte desplazamiento de flujos migratorios, por motivos diferentes; la auge del saber tecno-científico en la representación del mundo; el nuevo mundo de las comunicaciones; el nuevo paisaje religioso. Conviene notar que los trazos de este contexto son al mismo tiempo considerados como dificultades para la evangelización como una oportunidad para la creatividad apostólica.
- El paisaje religioso y sus transformaciones han sido abundantemente comentados. Dos cuestiones han sido particularmente abordadas. La importancia del desarrollo del Islam en muchas regiones del mundo, señalando a la vez las características mayoritariamente pacíficas de los creyentes musulmanes pero también el hecho de que corrientes fundamentalistas mucho más agresivas e intolerantes, devienen violentas y competitivas. En este tema, la presencia de obispos y de invitados pertenecientes a Iglesias católicas bajo la jurisdicción han abierto la cuestión de las modalidades de la solidaridad que podría establecerse entre Oriente y Occidente. La segunda característica es el muy importante desarrollo de las Iglesias pentecostales, a propósito de la gran dificultad de trazar la línea fronteriza entre el respeto a las otras confesiones cristianas y el diálogo con ellas, y la constatación de una realidad “sectaria” de ciertas de sus expresiones.

En este horizonte de constataciones, el Reporte intermediario del Cardenal Wuerl precisa el desafío de una nueva evangelización a partir de los elementos siguientes:

- inscripción de la nueva evangelización para la transmisión de la fe en la dinámica del *trabajo de la Santísima Trinidad en la historia*. En el camino del Concilio Vaticano II, es importante subrayar que la evangelización esta en el corazón mismo de aquello que la Iglesia es; en este sentido, el deber de todo creyente. Es una cuestión de responsabilidad misionera y evangelizadora de todo bautizado, y de la conciencia que cada comunidad debe tener de su propia responsabilidad.
- El contexto actual del ministerio de la Iglesia subraya que la *evangelización es la actualidad de toda la Iglesia*, con la especificidad de cada región. Se subraya el lugar que debe tener el ecumenismo. Se subraya también la preocupación particular que debe ser aportada a la comunión con los cristianos de Oriente. El contexto está marcado, por hitos diversos según las regiones, por el secularismo, por la mundialización, por la indiferencia, por la debilidad en el conocimiento de la fe de muchos creyentes. Pero, mediante esta diversidad, el desafío de la Iglesia es el retorno a los fundamentos de la fe, el “regreso a Cristo”, la “conversión pastoral”, la determinación de caminar en el camino de la santidad, y el desarrollo de la conversión profunda que esto exige.
- Es necesario *reforzar la idea de la comunión eclesial y de valorar la renovación espiritual que es el elemento esencial de la nueva evangelización* pues se compromete un encuentro persona con Jesucristo y una catequesis que favorezca el crecimiento espiritual. En esta perspectiva, han sido evocados: el acompañamiento de los bautizados para ayudarlos a “vivir la fe y servir de testigos de la fuerza transformadora de Dios en nuestra historia”, los programas de catequesis y sus

posibilidades de convocar a la población más joven, el rol posible de un ministro específico de la catequesis.

- 
- Una afirmación fue enunciada: «la nueva evangelización reconoce que no se trata solamente *de un programa del momento, sino de una manera de ver el futuro de la Iglesia y de ver cada quien entre nosotros comprometidos en una renovación de la fe y todo aquello que nos rodea en la aceptación jubilosa de la vida en Cristo resucitado*»
- Considera *los agentes de la evangelización*, nos recuerda la familia, al sacerdote y a los laicos. Es necesario notar que, en estas consideraciones, la aproximación es casi exclusivamente aquella de la Iglesia territorial. Concerniente a la vida religiosa, dice que nos llama a buscar y precisar lo específico del servicio que nosotros quisiéramos aportar a la evangelización, a partir de nuestra estructura que no es en principio territorial.

Muchas de las propuestas formuladas por el Sínodo coinciden con los ejes importantes de la misión dominicana actual, tales como aquellos presentados en los diversos capítulos y asambleas: el ministerio de la reconciliación en el contexto de los conflictos; la promoción de los derechos humanos y del desarrollo; la predicación de las nuevas plataformas sociales; la atención a los fenómenos de migración y de la reconfiguración de centros urbanos; la evangelización en el corazón de los procesos de religiosidad popular; la animación de comunidades eclesiales parroquiales; el diálogo ecuménico y con las otras religiones; la opción por los pobres; la promoción de un rol de los laicos; la formación de nuevos evangelizadores; el diálogo con las ciencias y las culturas y la promoción de este diálogo, por ejemplo, en el Patio de los Gentiles.

La formulación de estas Propuestas coloca luz a muchos temas desde los cuales se puede profundizar la reflexión para consolidar de una manera más sólida el camino de la evangelización. Aquí todavía, con estos llamados se expresan frecuentemente en eco con las preguntas portadas desde la Orden: ¿Cómo situar la evangelización en el corazón mismo de la definición de la Orden? ¿Cómo anclar este camino andado en una dinámica lanzada por *Evangelium Nuntiandi*? ¿Cómo pensar seriamente en la inculturación, desde el contexto de las culturas indígenas tanto cuanto en el campo de la posmodernidad? ¿Cuál es el lugar específico que puede ser dado a la vida religiosa en el caminar principalmente ante el concepto de Iglesia territorial? ¿Cómo precisar hoy, en la línea eclesiológica definida por el Vaticano II, la articulación entre Iglesia jerárquica y carismas de la vida religiosa? ¿Cómo establecer la liga, la más adecuada, entre el oficio de la predicación y el ministerio ordenado? ¿Cómo inscribir ante todo la investigación teológica al servicio de la evangelización? ¿De qué manera se establece realmente la teología en diálogo con los otros saberes contemporáneos?

El *Mensaje del Sínodo* en sí mismo propone una dinámica para la nueva evangelización: basada en la figura del encuentro entre Jesús y la Samaritana en el pozo de Jacob, afirma que el encuentro debe ser de corazón en el enfoque de la evangelización, y esto, en todos los contextos culturales y eclesiales: “En todas partes, ciertamente, se resiente la necesidad de revivir una fe que peligre de obscurecerse en los contextos culturales que obstaculizan las raíces personales, la presencia social, la claridad del contenido y los frutos coherentes. Esta es la nueva evangelización”. La primera cuestión es la del encuentro personal de Jesús en la Iglesia, que necesita la existencia de comunidades accesibles y acogedoras, e invita a dar un gran lugar a la Palabra de Dios y a la presentación de la historia de la vida de Jesús. El mensaje insiste en la exigencia de la conversión de la Iglesia; ella misma debe dejarse evangelizar. En esta dinámica, que debe inscribirse en el cauce abierto por el Concilio Vaticano II, un lugar central debe ser dado a las realidades comunitarias (comunidades eclesiales, familias, comunidades de vida consagrada), una atención

prioritaria debe ser acordada a las generaciones más jóvenes, debemos de tener la preocupación por hacer un diálogo del Evangelio con las culturas, las experiencias humanas y las religiones. La nueva evangelización debe tomar en cuenta la escucha de las experiencias propias de cada continente. Debe mostrarse a partir de la contemplación del misterio y en la proximidad con los pobres.